

Casa Grande

La publicación en 1908 de Casa grande, de Luis Orrego Luco, desencadenó en Chile el primer gran escándalo literario de este siglo. En su ensayo "La novela Casa Grande y la transformación de la sociedad chilena", Domingo Melfi (ese gran crítico hoy injustamente olvidado) lo describió como "la más sorda tempestad que libro alguno haya provocado en Chile". El propio autor debió salir en defensa de su obra y, de paso, de sí mismo.

El mismo fenómeno se reprodujo (en menor escala) dos años después, en Talca, con El tapete verde, de Francisco Hederra Concha, y, una década más tarde, con El roto, de Joaquín Edwards Bello. Estas querellas literarias implicaban, sin embargo, una oposición de valores mucho más radical que las habituales guerrillas de escuelas, preferencias, adhesiones y detracciones.

Toda disputa literaria enmascara, de un modo u otro, un conflicto "ideológico": dos modos de representar, valorar y asumir una determinada realidad social. Melfi lo advirtió perspicazmente cuando anotaba que "Casa Grande recogió muchos clamores y angustias que sobrenadaban en el proceso de la descomposición social. Fue por estas razones rudamente combatida. Presentar los vicios y debilidades de una sociedad que en la superficie aparecía bañada en el suave brillo del

esplendor (...) constituía un delito que no podía quedar sin sanción inmediata".

Hoy sabemos, en verdad, qué valores estaban en juego en aquel momento de nuestra historia, cuando la riqueza salitrera posibilitó que, en medio de la miseria generalizada de la mayor parte de la población, el vértigo del dinero (Orrego Luco) alterara radicalmente los valores que, hasta la fecha, habían orientado el comportamiento de la clase dirigente chilena, dando lugar "a los aventureros de la política, a los especuladores de la Bolsa, a una banda, en fin, de parásitos y de oportunistas sin escrúpulos, para los cua-

les sólo el dinero tenía valor" (Melfi).

Una historia social de la literatura mostraría, sin duda, que la aparición de ciertos tipos humanos en la narrativa (y el teatro) sólo puede ser explicada y comprendida mediante un análisis de los diferentes comportamientos de los grupos sociales en cada momento significativo de nuestra historia. El ejemplo de Casa grande es sólo una muestra de un fenómeno que se prolonga (y agrava) hasta nuestros días.

Todo libro acorralado, tachado o prohibido es siempre la confesión oblicua de una mala conciencia.

Martin Cerda